

amigote, suspendiendo aquel reir franco y bonachón de que afectado estaba.

Ya se conocía en el ruido de pisadas, en el sonar de timbres, en el movimiento y animación de las oficinas, que había empezado la operación. Cesaba el trabajo, se ataban los legajos, eran cerrados los pupitres, y las plumas yacían sobre las mesas entre el desorden de los papeles y las arenillas que se pegaban á las manos sudorosas. En algunos departamentos, los funcionarios acudían, conforme les iban llamando, al despacho de los habilitados, que les hacían firmar la nominilla y les daban el trigo. En otros, los habilitados mandaban un ordenanza con los santos cuartos en una hortera, en plata y billetes chicos, y la nominilla. El Jefe de la sección se encargaba de distribuir las raciones de metálico y de hacer firmar á cada uno lo que recibía.

XXXVII

Es cosa averiguada que cuando Villaamil vió entrar al portero con la hortera aquélla, se excitó mucho, acentuando su increíble alegría, y expresándola de campechana manera. «¡Anda, anda, qué cara ponéis todos!... Aquí está ya el santo advenimiento... la alegría del mes... San Garbanzo bendito... ¡Pues apenas vais á echar mal pelo con tantos dinerales!...»

Pantoja empezó á repartir. Todos cobraron la paga entera, menos uno de los aspirantes, á quien entregó el Jefe el pagaré otorgado á un prestamista, diciendo: «Está usted cancelado», y Argüelles recibió un tercio no más, por tener retenido lo restante. Cogiólo torciendo el gesto, echando la firma en la nominilla con rasgos que declaraban su furia; y después, el gran Pantoja se guardó su parte pausada y ceremoniosamente, metiendo en su cartera los billetes, y los duros en el bolsillo del chaleco, bien estibaditos para que no se cayesen. Villaamil no le quitaba ojo mientras duró la operación, y hasta que no desapareció la última moneda no dejó de observarle. Le temblaba la mandíbula, le bailaban las manos.

— ¿Sales? — dijo á su amigo, levantándose. — Nos iremos de paseo. Yo tengo hoy... muy buen humor... ¿no ves?... Estoy muy divertido...

— Yo me quedo un rato más — respondió *el honrado*, que deseaba quitarse de encima aquella calamidad. — Tengo que ir un rato á Secretaría.

— Pues quédate con Dios... Me largo de paseo... Estoy contentísimo... y de paso, compraré unas píldoras.

— ¿Píldoras? Te sentarán bien.

— ¡Ya lo creo!... Abur; hasta más ver. Señores, que sea por muchos años... Y que aproveche... Yo bueno, gracias...

En la escalera de anchos peldaños desembocaban, como afluentes que engrosan el río principal, las multitudes que á la misma hora chorreaban de todas las oficinas. Contribuciones y Propiedades descargaban su personal en el piso segundo; descendía la corriente uniéndose luego á la numerosa grey de Secretaría, Tesoro y Aduanas. El humano torrente, haciendo un ruido de mil demonios de peldaño en peldaño, apenas cabía en la escalera, y mezclábanse los pisotones con la charla gozosa y chispeante de un día de paga. En los oídos de Villaamil añábase al murmullo inmenso el tintineo de los duros, recién guardados en tanta faltriquera. Pensó que el metal de los pesos debía de estar frío aún; pero se calentaría pronto al contacto del cuerpo, y aun se derretiría al de las necesidades. Al llegar al vasto ingreso que separa del pórtico la escalera, veíanse en los patios de derecha é izquierda afluir las muchedumbres de Impuestos, Tesorería y Giro Mutuo, y antes de llegar á la calle, las corrientes se confundían. Las capas deslucidas abundaban más que los raídos gabanes; pero también los había flamantes, y chisteras lustrosas, destacándose entre la muchedumbre de hongos chafados y verdinegros. El taconeo ensordecía la casa, y Villaamil oía siempre, por cima del rumor de pisadas, aquel tintín de las piezas de cinco pesetas. «Hoy—se dijo, echando toda su alma en un sus-

piro—han dado casi toda la paga en duros nuevecitos, y algo en pesetas dobles con el cuño de Alfonso».

Al desaguar la corriente en la calle, iba cesando el ruido, y el edificio se quedaba como vacío, solitario, lleno de un polvo espeso levantado por las pisadas. Pero aun venían de arriba destacamentos rezagados de las multitudes oficinescas. Sumaban entre todos tres mil, tres mil pagas de diversa cuantía, que el Estado lanzaba al tráfico devolviendo por modo parabólico al contribuyente parte de lo que sin piedad le saca. La alegría del cobro, sentimiento característico de la humanidad, daba á la caterva aquélla un aspecto simpático y tranquilizador. Era sin duda una honrada plebe anodina, curada del espanto de las revoluciones, sectaria del orden y la estabilidad, pueblo con gabán y sin otra idea política que asegurar y defender la pícara olla; proletariado burocrático, lastre de la famosa nave; masa resultante de la hibridación del pueblo con la mesocracia, formando el cemento que traba y solidifica la arquitectura de las instituciones.

Embozábbase Villaamil en su pañosa para resguardarse del frío callejero, cuando le tocaron en el hombro. Volvióse y vió á Cadalso, quien le ayudó á asegurar el embozo liándosele al cuello.

—¿Qué tiene usted... de qué se ríe usted?

— Es que... estoy esta tarde muy contento... Á bien que á ti no te importa. ¿No puede uno ponerse alegre cuando le da la real gana?

— Sí... pero... ¿Va usted á casa?

— Otra cosa que no es de tu incumbencia. ¿Tú adónde vas?

— Arriba á recoger mi título... Yo también estoy hoy de enhorabuena.

— ¿Te han dado otro ascenso? No me extrañaría. Tienes la sartén por el mango. Mira, que te hagan Ministro de una vez; acaba de ponerte el mundo por montera antes que se acaben las carcamales.

— No sea usted guasón. Digo que estoy de enhorabuena, porque me he reconciliado con mi hermana Quintina y el salvaje de su marido. Él se queda con aquella maldecida casa de Vélez-Málaga que no valía dos higos, paga las costas, y yo...

— Suma y van tres... Otra cosa que á mí me tiene tan sin cuidado como el que haya ó no pulgas en la lina. ¿Qué se me da á mí de tu hermana Quintina, de Ildefonso, ni de que hagáis ó no cuantas recondenadas paces queráis?

— Es que...

— Anda, sube, sube pronto y déjame á mí. Porque yo te pregunto: ¿en qué cochino bodegón hemos comido juntos? Tú por tu camino, lleno de flores; yo por el mío. Si te dijera que con toda tu buena suerte no te envidio ni esto...

Más quiero honra sin barcos que barcos sin honra. Agur...

No le dió tiempo á más explicaciones, y asegurándose otra vez el embozo, avanzó hacia la calle. Antes de traspasar la puerta, le tiraron de la capa, acompañando el tirón de estas palabras amigables:

— ¡Eh, simpático Villaamil, aunque usted no quiera!...

Urbanito Cucúrbitas, pollancón rubio, ralo de pelo, estirado, zancudo y con mucha nuez; semejante á vástago precoz de la raza gallinácea que llaman Cochinchina; vestido con elegante traje á cuadros, cuello larguísimo, de cucurcho, hongo claro; manos y pies inconmensurables, muy limpio y la boca risueña, enseñando hasta los molares, que bien podrían llamarse del juicio si alguno tuviera.

— ¡Hola, Urbanito!... ¿Has cobrado tu paga?

— Sí, aquí la llevo (tocándose el bolsillo y haciendo sonar la plata); casi todo en pesetas. Me voy á dar una vuelta por la Castellana.

— ¿En busca de alguna conquistilla?... Hombre feliz... Para ti es el mundo. ¡Qué risueño estás! Pues mira; yo también estoy de vena hoy... Dime, ¿y tus hermanitos, han cobrado también sus paguillas? Dichosos los nenes á quienes el Estado les pone la teta en la boca, ó el biberón. Tú harás carrera, Urbanito; yo sostengo que eres muy listo, contra la opinión ge-

neral que te califica de tonto. Aquí el tonto soy yo. Merezo, ¿sabes qué?; pues que el Ministro me llame, me haga arrodillar en su despacho y me tenga allá tres horas con una coraza de orejas de burro... por imbécil, por haberme pasado la vida creyendo en la moral, en la justicia y en que se deben nivelar los presupuestos. Merezo que me den una carrera en pelo, que me pongan motes infamantes, que me llamen *el señor de Miau*, que me hagan aleluyas con versos chabacanos para hacer reír hasta á las paredes de la casa... No, si no lo digo en son de queja; si ya ves... estoy contento, y me río... me hace una gracia atroz mi propia imbecilidad.

— Mire usted, querido D. Ramón (poniéndole ambas manos en los hombros). Yo no he tenido arte ni parte en los monigotes. Confieso que me reí un poco cuando Guillén los llevó á mi oficina; no niego que me entró tentación de enseñárselos á mi papá, y se los enseñé...

— Pero si yo no te pido explicaciones, hijo de mi alma.

— Déjeme acabar... Y mi papá se puso furioso y á poco me pega. Total, que enterado Guillén de las cosas que mi papá dijo, salió á espetaperros de nuestra oficina, y no ha vuelto á parecer. Yo digo que ello puede pasar como broma de un rato. Pero ya sabe usted que le respeto, que me parece una tontería juntar las iniciales de sus cuatro Memorias que nada significan,

para sacar una palabra ridícula y sin sentido

— Poco á poco, amiguito (mirándole á los ojos). Á que la palabra *Miau* sea una sandez, no tengo nada que objetar; pero no estoy conforme con que las cuatro iniciales no encierren una significación profunda...

— ¡Ah!... ¿sí? (suspense).

— Porque es preciso ser muy negado ó no tener pizca de buena fe para no reconocer y confesar que la M, la I, la A y la U, significan lo siguiente: *Mis... Ideas... Abarcan... Universo.*

— ¡Ah!... ya... bien decía yo... Don Ramón, usted debe cuidarse.

— Si bien no faltará quien sostenga... y yo no me atrevería á contradecirlo de plano... quien sostenga, quizás con algún fundamento, que las cuatro misteriosas letras rezan esto: *Ministro... I... Administrador... Universal.*

— Pues mire usted, esa interpretación me parece una cosa muy sabia y con muchísimo intringulis.

— Lo que yo te digo: hay que examinar imparcialmente todas las versiones, pues éste dice una cosa, aquél sostiene otra, y no es fácil decidir... Yo te aconsejo que lo mires despacio, que lo estudies, pues para eso te da el Gobierno un sueldo, sin ir á la oficina más que un ratito por la tarde, y eso no todos los días... Y que tus hermanitos lo estudien también con el biberón de la nómina en los labios. Adiós; memo-

rias á papá. Dile que crucificado yo, por imbécil, en el madero afrentoso de la tontería, á él le toca darme la lanzada, y á Montes la esponja con hiel y vinagre, en la hora y punto en que yo pronuncie mis Cuatro Palabras, diciendo: *Muerte... Infamante... Al... Ungido...* Esto de *ungido* quiere decir... para que te enteres... *lleno de basura*, ó embadurnado todo de materias fétidas y asquerosas, que son el símbolo de la zanguangería, ó llámese principios.

— Don Ramón... ¿va usted á su casa? ¿quiere que le acompañe? Tomaré un coche.

— No, hijo de mi alma; vete á tu paseo. Yo me voy *pian pianino*. Antes tengo que comprar unas píldoras... aquí en la botica.

— Pues le acompañaré... y si quiere que veamos antes á un médico...

— ¡Médico! (riendo desaforadamente). Si en mi vida me he sentido más sano, más terne... Déjame á mí de médicos. Con estas píldoritas...

— De veras, ¿no quiere que le acompañe?

— No, y digo más: te suplico que no lo hagas. Tiene uno sus secretillos, y el acto, al parecer insignificante, de comprar tal ó cual medicina, puede evocar el pudor. El pudor, chico, aparece donde menos se piensa. ¿Qué sabes tú si soy yo un joven, digo, un anciano disoluto? Conque vete por tu camino, que yo tomo el de la farmacia. Adiós, niño salado, chiquitín del Ministerio, diviértete todo lo que puedas; no vayas á

la oficina más que á cobrar; haz muchas conquistas; pica siempre muy alto; arrímate á las buenas mozas, y cuando te lleven á informar un expediente, pon la barbaridad más gorda que se te ocurra... Adiós, adiós... Sabes que se te quiere.

Fuése el pollancón por la calle de Alcalá abajo, y Villaamil, después de cerciorarse de que nadie le seguía, tomó en dirección de la Puerta del Sol, y antes de llegar á ella, entró en la que llamaba botica; es á saber: en la tienda de armas de fuego que hay en el número 3.

XXXVIII

Notaban aquellos días doña Pura y su hermana algo desusado en las maneras, en el lenguaje y en la conducta del buen Villaamil, que si en actos de relativa importancia se mostraba excesivamente perezoso y apático, en otros de ningún valor y significación desplegaba brutales energías. Tratóse de la boda de Abelarda, de señalar fecha y de fijar ciertos puntos á tan gran suceso pertinentes, y el hombre no dijo esta boca es mía. Ni la bonita herencia de su futuro yerno (pues ya se había llevado Dios al tío notario) le arrancó una sola de aquellas hipórbolos de entusiasmo que de la boca de doña Pura salían á borbotones. En cambio, á cual-

quier tontería daba Villaamil la importancia de suceso transcendente, y por si su mujer cerró la puerta con algún ruido (resultado de lo tirantes que tenía los nervios), ó por si le habían quitado, para ensortijarse la cabellera, un número de *La Correspondencia*, armó un cisco que hubo de durar media mañana.

También merece notarse que Abelarda acogió la formalización de su boda con suma indiferencia, la cual, á los ojos de la primera *Miau*, era modestia de hija modosa bien educada, sin más voluntad que la de sus padres. Los preparativos, en atención al ahogo de la familia, habían de ser muy pobres, casi nulos, limitándose á algunas prendas de ropa interior, cuya tela se adquirió con un donativo de Víctor, del cual no se dió cuenta á Villaamil para evitar susceptibilidades. Debo advertir que desde la escena aquella en las Comendadoras, Víctor apenas paraba en la casa. Rarísimas noches entraba á dormir, y comía y almorzaba fuera todos los días. Los tertulios de la casa eran los mismos, excepto Pantoja y familia, que escaseaban sus visitas, sin que doña Pura penetrase la causa de este desvío, y Guillén, que definitivamente se eclipsó, muy á gusto de las tres *Miaus*. Las repetidas ausencias de Virginia Pantoja motivaron gran atraso en los ensayos de la pieza. Á la señorita de la casa se le olvidó en absoluto su papel, y por estas razones y por la desgana

de fiestas que Pura sentía mientras no se resolviera el problema de la colocación de su esposo, fué abandonado el proyecto de función teatral.

Federico Ruiz, consecuente siempre, iba algunos ratos por las tardes, pidiendo mil perdones á las *Miaus* por quitarles su tiempo, pues no ignoraba que debían de estar sobre un pie con los preparativos... ¡Dichosos preparativos, y cuántos castillos y torres edificó sobre cimiento tan frágil la imaginación fecunda de la esposa de Villaamil!... Una mañana entró Ruiz muy sofocado, seguido de su mujer, ambos despidiendo alegría de sus ojos, ebrios de júbilo, deseando que los amigos participaran de su dicha.

— Vengo—dijo él casi sin aliento—á que nos den la enhorabuena. Sé que nos quieren y que se alegrarán de verme colocado.

Tanto Federico como Pepita fueron sucesivamente abrazados por las tres *Miaus*. En esto salió de su despacho olfateando alegría el buen Villaamil, y antes de que Ruiz tuviera tiempo de embocarle la venturosa nueva, le cogió en los brazos, diciéndole:

— Sea mil y mil veces enhorabuena, queridísimo... Bien merecido lo tiene, y muy requetebién ganado.

— Gracias, muchísimas gracias—dijo Ruiz constreñido en los enormes brazos de Villaamil, que apretaba con nerviosa contracción.— Pero, por la Virgen Santísima, no me apriete tanto,

que me va á ahogar... D. Ramón... ¡ay, ay! que me hace añicos...

— Pero, hombre — dijo Pura á su marido sorprendida y temerosa, — ¿qué manera de abrazar?

— Es que... — balbució el cesante — quiero darle un parabién bien dado... una enhorabuena de padre y muy señor mío, para que le quede memoria de mí y de lo muy contento que estoy por su triunfo. ¿Y qué es ello?

— Una comisioncilla en Madrid mismo... esa es la ganga... para estudiar y proponer mejoras en el estudio de las ciencias naturales... á fin de que resulte práctico.

— ¡Oh, cosa buena!... Ni sé cómo no se les había ocurrido antes. ¡Y este mísero País vive ignorando cómo se enseñan las ciencias naturales! Felizmente, ahora, amigo Ruiz, vamos á salir de dudas... Nuestro sabio Gobierno tiene una mano para escoger el personal... Así está la Nación reventando de gusto. Pues digo, si tendrá su aquel la comisioncilla. Golpes de esos bastan á salvar la patria oprimida... En fin, lo celebro mucho... Y digo más, Sr. de Ruiz; si usted está de enhorabuena, no lo está menos el País, que debe ponerse á tocar las castañuelas al saber que tiene quien le estudie eso... ¿verdad? Con su permiso, me vuelvo á trabajar. Mil millones de plácemes.

Sin esperar lo que Federico contestaba á estas expansiones calurosas, el buen hombre se

metió de rondón en su despacho. Algo extrañó á los Ruíces, lo mismo que á las *Miaus*, aquella manera desordenada y estrepitosa de dar enhorabuena; pero disimularon su extrañeza. Fuéronse los felicitados para seguir sus visitas de dar parte, cosechando á granel las felicitaciones. Y no era la comisioncita el único motivo de contento que Ruiz aquella mañana tenía, pues el correo le trajo nueva satisfacción con que no contaba. Era nada menos que el diploma de una sociedad portuguesa, cuyo objeto es enaltecer á los que realizan actos heroicos en los incendios, y también á los que propagan por escrito las mejores teorías sobre este útil servicio. Todo individuo perteneciente á dicha asociación tenía derecho, según rezaba el diploma, á usar el título de *Bombeiro, salvador da humanidade*, y á ponerse un vistosísimo uniforme con relucientes bordados. El figurín de la deslumbradora casaca acompañaba al nombramiento. ¡Si estaría hueco el hombre con su comisión (de que dependía el porvenir científico de España), con los honores de *bombeiro*, y con la librea reluciente que pensaba lucir en la primera coyuntura pública y solemne que se le presentase!

Luisito salió á paseo aquella tarde con Paca, y al volver se puso á estudiar en la mesa del comedor. Pasado el extrañísimo, increíble arrechucho de Abelarda en la famosa noche de que antes hablé, el cerebro de la insignifican-

te quedó aparentemente restablecido, hasta el punto de que un olvido benéfico y reparador arrancó de su mente los vestigios del acto. Apenas lo recordaba la joven con la inseguridad de sueño borroso, como pesadilla estúpida cuya imagen se desvanece con la luz y las realidades del día. Ocupábase en coser su ajuar, y Luis, cansado del estudio, se entretenía en quitarle y esconderle los carretes de algodón. «Chiquillo —le dijo su tía sin incomodarse,— no enredes. Mira que te pego». En vez de pegarle, le daba un beso, y el sobrinillo se envalentonaba más, ideando otras travesuras, como suyas, poco maliciosas. Pura ayudaba á su hija en los cortes, y Milagros funcionaba en la cocina, toda tiznada, el mandilón hasta los pies. Villaamil siempre encerrado en su leonera. Tal era la situación de los individuos de la familia, cuando sonó la campanilla y cátafe á Víctor. Sorprendiéronse todos, pues no solía ir á semejante hora. Sin decir nada pasó á su cuartucho, y se le sintió allí lavándose y sacando ropa del baúl. Sin duda estaba convidado á una comida de etiqueta. Esto pensó Abelarda, poniendo especial estudio en no mirarle ni dirigir siquiera los ojos á la puerta del menguado aposento.

Pero lo más singular fué que á poco de la entrada del monstruo, sintió la sosa en su alma, de improviso, con aterradora fuerza, la misma perturbación de la noche de marras. Estalló

el trastorno cerebral como una bomba, y en el mismo instante toda la sangre se le removía, amargor de odio hacíale contraer los labios, sus nervios vibraban, y en los tendones de brazos y manos se iniciaba el brutal prurito de agarrar, de estrujar, de hacer pedazos algo, precisamente lo más tierno, lo más querido y por añadidura lo más indefenso. Tuvo Cadalsito, en tan crítica ocasión, la mala idea de tirarle del hilo de unos hilvanes, y la tela se arrugó... «Chiquillo, si no te estás quieto, verás», gritó Abelarda, con eléctrica conmoción en todo el cuerpo, los ojos como ascuas. Quizás no habría pasado á mayores; pero el tontín, queriendo echárselas de muy pillo, volvió á tirar del hilo, y... aquí fué Troya. Sin darse cuenta de lo que hacía, obrando cual inconsciente mecanismo que recibe impulso de origen recóndito, Abelarda tendió un brazo, que parecía de hierro, y de la primera manotada le cogió de lleno á Luis toda la cara. El restallido debió de oírse en la calle. Al hacerse para atrás, vaciló la silla en que el chico estaba, y ¡pataplúm!, al suelo.

Doña Pura dió un chillido... «Ay, hijo de mi alma!... ¡mujer!», y Abelarda, ciega y salvaje, de un salto cayó sobre la víctima, clavándole los dedos furibundos en el pecho y en la garganta. Como las fieras enjauladas y entumecidas recobran, al primer rasguño que hacen al domador, toda su ferocidad, y con la vista y el

olor de la primera sangre pierden la apatía perezosa del cautiverio, así Abelarda, en cuanto derribó y clavó las uñas á Luisito, ya no fué mujer, sino el ser monstruoso creado en un tris por la insana perversión de la naturaleza femenina. «¡Perro, condenado... te ahogo! ¡embustero, farsante... te mato!», gruñía rechinando los dientes; y luego buscó con ciego tanteo las tijeras para clavárselas. Por dicha, no las encontró á mano.

Tal terror produjo el acto en el ánimo de doña Pura, que se quedó paralizada sin poder acudir á evitar el desastre, y lo que hizo fué dar chillidos de angustia y desesperación. Acudió Milagros, y también Víctor en mangas de camisa. Lo primero que hicieron fué sacar al pobre Cadalsito de entre las uñas de su tía, operación no difícil, porque pasado el ímpetu inicial, la fuerza de Abelarda cedió bruscamente. Su madre tiraba de ella, ayudándola á levantarse, y de rodillas aún, convulsa, toda descompuesta, su voz temblorosa y cortada, balbucía:

— Ese infame... ese trasto... quiere acabar conmigo... y con toda la familia...

— Pero, hija, ¿qué tienes?... — gritaba la mamá sin darse cuenta del brutal hecho, mientras Víctor y Milagros examinaban á Luisito, por si tenía algún hueso roto. El chico rompió á llorar, el rostro encendido, la respiración fatigosa.

— ¡Dios mío, qué atrocidad! — murmuró Víctor ceñudamente.

Y en el mismo instante se determinaba en Abelarda una nueva fase de la crisis. Lanzó tremendo rugido, apretó los dientes, rechinándolos, puso en blanco los ojos y cayó como cuerpo muerto, contrayendo brazos y piernas y dando resoplidos. Aparece entonces Villaamil pasmado de aquel espectáculo: su hija con patalleta, Luisito llorando, la cara rasguñada, doña Pura sin saber á quién atender primero, los demás turulatos y aturdidos.

— No es nada — dijo al fin Milagros, corriendo á traer un vaso de agua fría para rociarle la cara á su sobrina.

— ¿No hay por ahí éter? — preguntó Víctor.

— Hija, hija mía — exclamó el padre, — ¿qué te pasa? Vuelve en ti.

Había que sujetarla para que no se hiciese daño con el pataleo incesante y el bracear violentísimo. Por fin, la sedación se inició tan enérgica como había sido el ataque. La joven empezó á exhalar sollozos, á respirar con esfuerzo como si se ahogara, y un llanto copiosísimo determinó la última etapa del tremendo acceso. Por más que intentaban consolarla, no tenía término aquel río de lágrimas. Lleváronla á su lecho, y en él siguió llorando, oprimiéndose con las manos el corazón. No parecía recordar lo que había hecho. Entre Villaamil y Cadalso ha-

bían conseguido acallar á Luisito, convenciéndole de que todo había sido una broma un poco pesada.

De repente el jefe de la familia se cuadró ante su yerno, y con temblor de mandíbula, intensa amarillez de rostro y mirada furibunda, gritó:

— De todo esto tienes tú la culpa, danzante. Vete pronto de mi casa, y ojalá no hubieras entrado nunca en ella.

— ¡Que tengo yo la culpa!... ¡Pues no dice que yo...! — respondió el otro descaradamente. — Ya me parecía á mí que no estaba usted bueno de la jicara...

— La verdad es — observó Pura, saliendo del cuarto próximo, — que antes de que tú vieras no pasaban en mi casa estas cosas que nadie entiende.

— ¡Ah! también usted... No parece sino que me hacen un favor con tenerme aquí. ¡Y yo creí que les ayudaba á pasar la travesía del ayuno! Si me marcho, ¿dónde encontrarán un huésped mejor?

Villaamil, ante tanta insolencia, no encontraba palabras para expresar su indignación. Acarició el respaldo de una silla, con prurito de blandirla en alto y estampársela en la cabeza á su hijo político. Pudo dominar las ganas que de esto tenía, y reprimiendo su ira con fortísima rienda, le dijo con voz hueca de sochantre:

— Se acabaron las contemplaciones. Desde este

momento estás demás aquí. Recoge tus bártulos y toma el portante, sin ningún género de excusas ni aplazamiento.

— No se apure usted... No parece sino que estoy en Jauja.

— Jauja ó no Jauja (á punto de estallar), ahora mismo fuera. Vete á vivir con los esperpentos que te protegen. ¿De qué te sirve esta familia pobre y desgraciada? Aquí no hay creencias, ni destinos, ni recomendaciones, ni nada, como dijo el otro. Y en esta pobreza honrada somos felices. ¿No ves lo contento que yo estoy? (Castañeteando los dientes.) En cambio tú no tendrás paz en el pináculo de tus glorias, alcanzadas por el deshonor... Pronto, á la calle... El señor de *Miau* quiere perderte de vista.

Víctor lívido, doña Pura asustada, Luisito con ganas de romper á llorar nuevamente, Milagros haciendo pucheros...

— Bien — dijo Cadalso con aquella gallardía que sabía poner en sus resoluciones, siempre que eran mortificantes. — Me voy. También yo lo deseaba, y no lo había hecho por caridad, porque soy aquí un sostén, no una carga. Pero la separación será absoluta. Me llevo á mi hijo.

Las dos *Miaus* le miraron aterradas. Villaamil apretó con ferocidad los dientes.

— ¿Pues qué...? Después de lo que ha pasado hoy — añadió Víctor, — ¿todavía pretenden que yo deje aquí á este pedazo de mi vida?

La lógica de este argumento desconcertó á todos los *Miaus* de ambos sexos.

— ¡Pero qué tonto! — insinuó doña Pura con ganas de capitular, — ¿crees tú que esto volverá á pasar? ¿Y adónde vas con tu hijo, adónde? Si el pobrecito no quiere separarse de nosotros.

Poco le faltaba para llorar. Milagros dijo:

— No, lo que es el niño no sale de aquí.

— ¡Vaya si sale! — sostuvo Cadalso con brutal resolución. — Á ver: saque usted toda la ropita de mi hijo para juntarla con la mía.

— Pero, ¿adónde le llevas?, bobo, simple... ¡Qué cosas se te ocurren tan disparatadas!

— Por sabido se calla. Su tía Quintina le criará y le educará mejor que ustedes.

Doña Pura se sentó, atacada de gran congoja, sudor frío y latidos dolorosos del corazón. Vaya, que después de la hija, la madre iba á caer con a patalata. Villaamil dió una vuelta sobre sí mismo, como si le hiciera girar el vértice de un ciclón interior, y después de parar en firme, abrióse de piernas, alzó los brazos enormes, simulando la figura de San Andrés clavado en las aspás, y rugió con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Que se lo lleve... que se lo lleve con mil demonios! Mujeres locas, mujeres cobardes, ¿no sabéis que *Morimos*. . . *Inmolados*... *Al*... *Ultraje*?

Y tropezando en las paredes corrió hacia el

gabinete. Su mujer fué detrás, creyendo que iba disparado á arrojarse por el balcón á la calle.

XXXIX

— No cedo, no cedo — dijo Víctor á Milagros, al quedarse solo con ella. — Me llevo á mi hijo. ¿Pero no comprende usted que no podré vivir con tranquilidad dejándole aquí después de lo que ha pasado hoy?

— ¡Por Dios, hijo! — le respondió con dulzura la *pudorosa Ofelia*, queriendo someterle por buenas. — Todo ello es una tontería... No volverá á suceder. ¿No ves que es nuestro único consuelo este mocoso?... y si nos le quitas...

La emoción le cortaba la palabra. Calló la artista, tratando de disimular su pena, pues harto sabía que como la familia mostrase vivo interés en la posesión de Luisito, esto sólo era motivo suficiente para que el monstruo se obstinase en llevarse-le. Creyó oportuno dejar el delicado pleito en las manos diplomáticas de doña Pura, que sabía tratar á su yerno combinando la energía con la suavidad. Al ir la *Miau* mayor al gabinete en seguimiento de su marido, le encontró arrojado en un sillón, la cabeza entre las manos.

— ¿Qué te parece que debemos hacer? — le dijo ella confusa, pues no había tenido tiempo aún de tomar una resolución. Grande, inmensa